

IV

¡Mirá! ¡Yo puedo negar todo, vos podés negar todo!
¡Todos podemos negar todo! Pero hay algo que no se puede negar: la evidencia. Y vos sabés lo que es la evidencia. La evidencia es lo que está ahí, lo que te hace señas para que lo veas, lo que te grita para que lo oigas. Claro que si vos cerrás los ojos y cerrás los oídos, ni escuchás ni ves nada. ¡No ves vos, no escuchás vos!, pero la evidencia sigue firme, sigue erguida, sigue... ¡como fierro, sigue! Mirá: yo podría abrumarte tirándote encima un baúl de hechos evidentes, una montaña de conquistas evidentes, ¡una cordillera de milagros evidentes! Pero, en vez de salirte al paso con una evidencia de lo que está, yo te salgo al paso con una evidencia ¡de lo que no está! ¿No me entendés? No me extraña, porque cuando vos no querés entender a vos los razonamientos te rebotan en la cabeza como el jején en el tubo de la lámpara. Y yo levanto una lámpara, ¿sabés?; la levanto para iluminar las calles de mi patria, de tu patria, ¡y mostrarte una evidencia que no está! Los mendigos... ¿están? ¿Vos ves los mendigos? Sobre las calles —y al decirte *calles* te digo corazones y te digo espíritus— se desató el arroyo de la dignidad recuperada, se desató con una bárbara alegría de potro que transpira salud, y esa correntada se llevó a

los mendigos, vos lo sabés; pero no se los llevó para ahogarlos, sino para bañarlos, y llegaron a la costa limpios, peinados con la raya al medio, cantando, no el huainito de la limosna, sino el chamamé de la buena digestión. No; no te encojas de hombros y contestáme; yo te hice una pregunta: ¿vos ves los mendigos? ¿Dónde están los mendigos? Antes el pordiosero era una realidad en serie, como los automóviles. Los mendigos eran una vergonzosa institución nacional. Y fijáte que yo no te hablo con medias palabras; a mí no me interesa que quieras quedar bien con un partido o con otro. A mí me interesa que tu honradez reconozca para siempre los beneficios de que goza hoy tu dignidad. Y te digo todas las palabras que tengo, bolsas de palabras, barrios de palabras; el mendigo era en este país una vergonzosa institución nacional. Porque había gente que, así como unos hacen tangos, pañoletas o mandados, ellos hacían pobres. ¡Fabricaban pobres! Y los pobres se te aparecían en los atrios de las iglesias, en las escaleras de los subtes, en la puerta de tu propia casa, famélicos y decepcionados, con la cabeza como un paquete de pelo y debajo del pelo la dignidad en derrota. ¿Y ahora los ves? Decíme, ¿los ves? ¡Claro que no los ves! ¿Y eso no te conmueve? ¿O es que los extrañas? Porque si los extrañas, ¡estás frito! Ahora las manos se extienden, no para pedir limosna, sino para saber si llueve, para ordeñar la vaca llena de leche o el racimo lleno de clarete reserva. Acordáte cuando volvías a tu casa, de madrugada, y descubrías en los umbrales, amontonados contra sí mismos, a los pordioseros de *tu* Buenos Aires. Ahora la exclusividad de los umbrales han vuelto a tenerla los novios; ahora no hay limosneros en los umbrales, ni en los andenes, ni en los cementerios. ¿Vos vas a los cementerios? ¿No?; te pregunto porque hay gente que va al cementerio sólo una

vez en la vida, y cuando va, la aprovecha y se queda; pero los que solemos ir para irnos acostumbrando de a poco y que el inquilinato póstumo no nos agarre desentrenados, vemos lo que vos no querés ver: que ni siquiera allí encontrás mendigos. ¿Y entonces dónde podés encontrarlos sino en un pasado cruel y desaprensivo que te empecinás en reconquistar? ¿Y para qué querés un pasado de indignidad y de miseria si tenés un presente de abundancia y de respeto? ¿O me vas a decir que no te diste cuenta de que si trabajás te respetan y te hacen la vida honorable y placentera? Yo te hablo con evidencias y te seguiré cargando con evidencias. ¡Sé honrado! No me digás que ves mendigos, porque, si los ves, es que me la querés contar, y a mí, ¡a mí no me la vas a contar!

V

¿Por qué hablás si no sabés? ¿De dónde sacaste esa noticia que echás a rodar desaprensivamente, sin pensar en lo irresponsable que sos y en el daño que podés hacer? Estamos viviendo el tecnicolor de los días gloriosos y vos me lo querés cambiar por el rollo en negativo del pesimismo, el chisme, la suspicacia y la depresión. No, si yo a vos te conozco, ¡uf, si te conozco! Vos sos, mirá, vos sos el que no podés disponer de hechos y entonces usás los rumores, y te acercás a mí para tirarme la manea de unas palabras en el momento más inesperado. ¿Sabés qué palabras, por ejemplo?: «¡La que se va a armar!»

¡Explicáte! Que tu actividad capciosa no se detenga en el umbral de las palabras, sino que atravesase el zaguán del prólogo y me tienda la mesa en el comedor de los hechos... hechos y no palabras, hechos y no rumores. Dale, servíme la cena. Poné sobre mi mesa eso que estás anunciando, pinchálo con el tenedor de una evidencia, cortáme el entrecote con el cuchillo de otra evidencia, ¡y hacé que yo trague el bocado evidentemente! Porque, hasta ahora, los rumores se fabrican aquí por quienes se alimentan de sus propias *milanesas*. Porque yo a vos no te entiendo. Vos me agarrás del brazo en la vereda, me anunciás que se va a venir una... se va venir una... y en

vez de venir una, te vas vos, y yo me quedo en la vereda tratando de no impresionarme, porque si yo fuera impresionable entraría en mi casa agachado como vos, hablando al bies como vos, y cuando los míos vinieran a saludarme alegremente, también yo levantaría la medianera de esas palabras sibilinas que me dijiste: «Menos alegría y vayan preparándose... porque ¡se va a venir una!» Pero yo vengo de vuelta, ¿sabés? Yo vengo de otras épocas llenas de palabras, superfluamente llenas de palabras; no había nada más que eso: barrios de palabras, tribunas de palabras, países de palabras, y por eso no creo en los rumores chiquitos y muchas veces miserables con que vos querés hacerle sombra a una realidad que está iluminándonos. ¿Por qué hablas si no sabés? ¡Entristecete pensarlo! Claro, a vos vino uno y te dijo que ayer mataron a treinta. ¿Dónde están los que mataron? ¿Fuiste al entierro? ¿Tomaste café en el velorio? No, vos no viste nada, vos no sabés nada, pero como alguien te lo dijo, vos lo repetís, y ¿quién se lo dijo a ese alguien? ¿Quién? Ahora me explico: será el mismo que anunció, por ejemplo, que Fulano y Mengano estaban presos. Y entonces, vos venís y me decís, siempre agachado, siempre haciéndote el misterioso: «¡Shhh... la cosa está brava! ¡Los metieron presos a Fulano y Zutano!» Y si te digo que anoche lo vi a Fulano con una rubia y que hoy almorcé casualmente con Mengano, vos me mirás con una lástima tremenda y me decís que es un truco. ¿Cómo un truco? ¿A mi me la vas a contar? ¡Yo estuve con Mengano! ¿Cómo que no? ¿Entonces, quién era? ¿Boris Karloff caracterizado? Pero, oíme, ¿no ves en qué época estás viviendo?, con kilos de realidades, toneladas de realidades, y entonces, ¿cómo podés mostrarte tan pequeño, tan chiquito, y ser un cómplice más en esta carrera de posta en la que los rumores más absurdos, cuando no cínicos, salen de

la obscuridad y quieren meterse en el pensamiento de los crédulos? Ya sé, decís que vienen desde el exterior contando con la colaboración de sus personeros, de los que, desgraciadamente, muchos son argentinos. Pero ¡no habléis tonterías! ¡Averiguá primero! Despreciá al malintencionado que te pasa un rumor como quien te entrega un billete falso... y no ves que si es falso, ¿cómo vas a comprar la verdad? ¿O vos no sabías que la verdad está en los hechos maravillosos que hoy nos rodean, y que la mentira está en esos rumores o calumnias que vos recogiste y amplificaste? ¿A mí me vas a contar que no sabés que son calumnias? ¿Que creés en los rumores? ¿Que pensás firmemente que... «se va a venir una»? ¡Fenómeno la que se va a venir! ¡Vamos, criatura, que somos pocos y nos conocemos mucho! ¡A mí no me la vas a contar!

VI

¡Ah, sí!... ¡Desde chico me gustó la empanada! Hay otras comidas excesivamente municipales. Comidas. Nada más que comidas. El arroz, por ejemplo, el que siempre es arroz, que nunca nos depara una sorpresa o tiene una iniciativa. Más allá del arroz no existe ni la suposición ni el misterio. A lo sumo, a veces, se maquilla con la anilina del azafrán, pero vos escarbás un poquito y a una milésima del azafrán ¡sigue el arroz! ¿Verdad que es cierto? Vos cortás la carne y dentro de la carne hay carne. Y esto es triste. Esto no puede satisfacer a un espíritu como el mío, que se emociona cuando le encuentra la pasa de uva al buñuelo. ¡Y la empanada es eso! ¡Es otra cosa! La empanada es una especie de baúl nutritivo que depositamos en el plato, suponiendo. ¡A mí me gusta suponer! ¡Y frente a la empanada me inquieto! ¿Qué habrá adentro? Cuando rompamos con los dientes esa bisagra prolijamente frita y las tapas se abran, como una ostra madre que se da corte mostrándole el berberecho al caracol de al lado, en ese momento importante y misterioso, ¿qué encontraré adentro? ¿La aceituna?, ¿el huevo duro?, ¿por qué no el anillo de compromiso de la cocinera? ¿Viste como hay que suponer? ¡Ja!... ¡Ja!... Porque el arroz no es nada más que el arroz,

y dentro de la carne sólo hay carne, pero más allá de la empanada está la sorpresa y la investigación. Por eso, cuando yo era criatura, la comía como si me comiera una aventura de entrecasa, pero después, la criatura que había en mí no pudo defenderse de las hormonas y se volvió hombre, y cada vez que el hombre se llevaba una empanada al centro del apetito, más allá de la empanada, ¿sabés qué veía? ¡Eso veía! ¡El comité! ¡No podía evitarlo! Vos me mostrás una lata de cera para el piso, y más allá de la cera yo veo el incendio.

Me acuerdo que en una película francesa había un pintor al que le mostraban un nadador y él ya veía un ahogado. ¡Lo mismo! A mí me mostraban una empanada ¡y veía el comité! Entonces ya no podía metérmele dentro a la empanada, ya no podía viajar sobre el picadillo y hablar de hombre a hombre con la pasa confidente. Esa empanada era el símbolo del comité. Era el escudo de armas de los malevos que alquilaban la puñalada y le llamaban *dotor* al caudillo de la chalina al hombro. En ese escudo la empanada tenía un cuadrante junto a la taba, la botella de vino y la libreta de enrolamiento que votaba sola. ¿Me lo vas a decir a mí? Yo no tendré ni talento ni vitaminas pero memoria tengo. Yo me acuerdo. Yo ya no era el chiquilín que transpira fútbol, ni siquiera el adolescente patético que hace un juego de espejos para comprobar si le está creciendo la nariz. Yo ya era un hombre entristecido por los otros hombres. Yo era un desencantado de la empanada. Porque mi dolor le estaba haciendo una radiografía, y en la placa no sólo encontraba el carozo de la aceituna sino también la cerradura rota de la urna y la bala que viajaba desde el servilismo hasta la opinión. ¿Vos no te acordás? ¡Yo sí me acuerdo! Años, ¿sabés?, años esperé teniendo hambre. Años en que hice alpinismo en el arroz, esperando

que alguna vez la radiografía encontrase lo que ahora acabo de encontrar. Porque yo he vuelto a comer empanadas. Las pongo en el plato, las pongo después de haberlas descolgado de aquel escudo de armas que se vino abajo con la pared, con el techo y con el comité entero, mientras la murga de los malevos que decían *dotor* se alejó con un redoble de botellas rotas o derramadas. Ahora esta empanada es mía ¡y tuya! Mirála, fijáte. Ahora vos y yo podemos abrirla sin angustia porque tal vez encontremos adentro una caja de fósforos —un descuido lo tiene cualquiera—, pero no encontraremos más el voto vendido o exigido, ni aparecerá detrás de la yema la letra ce, la olvidada letra ce de la palabra *doctor*. ¡Qué enorme alegría!, ¿verdad? Oíme: la vida es complicada, muy complicada, y puede que en una de esas complicaciones yo me aparezca como huésped sentado a tu mesa. Y era eso lo que quería decirte: que ya no te inquietes, que ya sabés con qué podés convidarme: empanadas, ¡estrictamente empanadas! Hoy ya puedo comerlas; sin angustias, sin malos presentimientos. Con la tranquilidad del que vota por quien se le antoja. ¿Querés una dicha más grande? ¿O te gustaba más las otras? No. ¡Qué va!... ¡A mí no me la vas a contar!

VII

¿Por qué no pensás un poco, vos también? Yo no te pido que inventés una escuela filosófica o que leas a Einstein y te vayas a dormir con el teorema puesto. Yo te pido que abandones tu posición de terco y pienses... pienses en lo que estaba pasando y en lo que pasa ahora. Tenías una patria como una rosa, pero esa rosa no perfumaba tu vida sino que se estaba deshojando en el ojal de los otros. Ahora la solapa de tus enemigos está vacía y la rosa es tuya, ¡pero vos seguís como enquistado en una terquedad sin belleza y sin sentido! Aquello que antes te robaban y te negaban ahora es tuyo, ¡todo! Hacéte una recorrida: desde el quebracho de Charata —que está casi en el trópico— hasta las ballenas de Ushuaia, ¡y todo es tuyo! Zonzo. ¿No ves que todo es tuyo, que todo es tuyo y, además, es gordo? Porque aquí todo es gordo. La tierra, la dimensión, los tres climas, las frutas así de grandes, los cereales así de altos, ¡todo es gordo! Menos yo, todo es gordo. Tenés una provincia, y es tan grande como España entera. Tenés otra provincia y es más grande que Italia entera. La nuestra, la tuya, es una geografía lujosa, una geografía *abundante*. Y las tuyas y las mías y las nuestras no son extensiones secas y estériles, sino tierras de milagro, tierras a las que les das una semilla y te

devuelven un monte. ¡Tierras donde dejás caer un pucho y a la tarde ya hay un árbol de boquillas! Tierras que transpiran jugo, tierras a las que vos te agachás y oís crecer el pasto. Claro que antes crecía y lo escuchaban nada más que los de afuera. Pero ahora el trigo, el maíz o la ipecacuana cantan la ópera para vos. ¡Esto quiero que comprendas! Para esto quiero que pienses. Para esto necesito que quiebres la cáscara de tu terquedad. ¡Pensá en una patria subdividida y administrada por tenedores de libros que subían el cuatro y bajaban el nueve en todos los idiomas, menos en el tuyo; pensá en esa misma patria ahora contabilizada con números criollos! Mirá, una vez, hace veinte y tantos años, hice un viaje a la Patagonia, que queda en el sur. Te hago la aclaración por las dudas, porque durante mucho tiempo los argentinos no supieron dónde quedaba la Patagonia —¡los extranjeros lo sabían perfectamente, pero los argentinos no!—. Al sur, ¿sabés? íbamos navegando y el barco se aproximaba a la costa cuando vi una franja oscura sobre ella, que yo creía un acantilado. Pero no. El capitán me aclaró: «No, Discépolo. ¿Cómo acantilado? Lo que usted ve es la lana que apilan antes de seleccionarla para el embarque». «¿Todo eso es lana?» «¡Todo!» ¡Y era cierto, sí! Era lana. Todo lana. Y detrás de esa nube —¡de esa nube... gorda!— estaban los carneros, apurados en hacerse crecer la lana para la próxima esquila, y las ovejas, también preocupadas por no quedarse atrás frente a los carneros y a los consorcios que las vigilaban. ¡Lana! ¡Meta lana! ¿Y para qué la daban sino para que se la llevarsen a donde había resuelto llevarla gente que no era tuya y que te hacía dormir a vos, el dueño de tu lana, en un colchón de estopa o en la tierra? ¡Claro, yo no te echo la culpa a vos! Eramos una factoría, y aquel sobretodo afeitado de las ovejas y de los carneros serviciales se

perdía estúpidamente en una exportación pirata. ¡No, no; yo no te echo la culpa a vos! La única culpa tuya era no pensar entonces; ¡es no pensar ahora! ¡Pensá, entonces! Pensá en aquella fruta fabulosa de Río Negro que viajaba al extranjero y la traían de regreso a un precio de lujo envuelta en un papelito de seda. ¡Lindo el papelito! Celeste el papelito, verde el papelito. ¡Caro te costó el papelito! Y no la querés entender. Pensó en todo eso, sentí el despertar de esta patria maravillosa, y en vez de ser lo que sos: un terco, sé lo que tenés la obligación de ser: ¡un agradecido! Contemplá el desfile de los pomelos que van a tu casa para darte la vitamina C, miró los novillos que hacen cola para entrar gloriosamente en el centro de tu apetito. Asimilá la estupenda, la incomparable, la rescatada riqueza de tu patria y después no me digas que seguís teniendo motivos o pretextos para ser terco. Y si lo seguís siendo, lo serás de labios para afuera. Lo serás porque querés mantener obstinadamente tu actitud inútil. ¿Pero adentro? Adentro, ¡yo sé que estás conmigo! ¡Bah!... ¡A mí no me la vas a contar!